Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de VIENTO

DESTINO

Ilustraciones de Javier Delgado

Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de VIENTO

Ilustraciones de Javier Delgado

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2018
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Javier Delgado González, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-08-19499-6
Depósito legal: B. 20.197-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1
EXPEDICIÓN DE VUELTA A SAMARADÓ

Un grupo de veinte chicos vestidos con ropas andrajosas avanzaba por el camino polvoriento en dirección al pueblo de Samaradó. Por el aire los escoltaban seis magníficos dragones: el dragón negro del alcalde Carmona; el bicéfalo de Antón, el dragonero, junto con los de sus dos hombres, y los jóvenes dragones de los inseparables amigos Mayo y Arco.

Los viajeros llevaban dos días inter-

minables de viaje y apenas se habían permitido unas breves paradas en el camino para comer y pasar la noche. Por tierra iba Cale a pie, encabezando la expedición y sujetando las riendas de su fiel compañero, Mondragó. El mondramóvil, atado a la grupa del dragón, iba cargado con provisiones que les habían sobrado de su expedición a las Montañas Glaciares. Entre un montón de mantas descansaba la cría de dragón de hielo que habían recuperado en su última

aventura. El pequeño animal blanco observaba con sus enormes ojos azules todo lo que pasaba a su alrededor. Era un dragón multimembrado y movía sus dos largas colas, que terminaban en forma de plumas azules.

Pardiez, un chico de pelo oscuro y enmarañado, caminaba al lado de Cale y vigilaba a la cría para asegurarse de que estuviera bien y no se bajara del carromato.

A pesar del cansancio, todos mantenían la moral muy alta y nadie se quejaba de las duras condiciones del camino ni del frío. Se sentían victoriosos. Por fin, la banda de ladrones, que no era más que un grupo de jóvenes sin hogar que había caído en manos de las personas equivocadas, podría tener un lugar seguro donde vivir. Un lugar donde la comida no les iba a faltar y donde todos podrían estudiar como hacían los chicos de su edad.

Atrás habían quedado los maltratos y amenazas de sus jefes: el perverso profesor Trabuco y Murda, el hijo del exalcalde Wickenburg, que había regresado al pueblo para robar las crías de dragón de la dragonería. Ambos habían logrado escapar y todavía tenían en su poder una cría de dragón de viento, pero, de momento, ese asunto debería esperar. Antes tenían que asegurarse de que la banda estuviera a buen recaudo y de que todos fueran bien atendidos.

Arco, el más alocado de los amigos, se dedicaba a jugar con su dragón. Volaba a toda velocidad hasta el principio de la caravana, daba una vuelta en el aire y después hacía un vuelo raso por encima de las cabezas hasta llegar a los últimos de la fila, donde se encontraba Migraña, una chica rubia y estilizada.

—¡Vamos! —la animaba—. ¡Ya falta muy poco!

—¿Por qué no cambiamos y vas tú andando y yo en tu dragón? —protestó Migraña.

—¡Es que eso no se puede hacer! —repuso Arco—. Norma número uno: debes proteger a tu dragón y no permitir que nadie más lo monte. ¡Pregúntaselo a Antón!

—Era broma —contestó la chica—. Además, a mí me daría vértigo ir tan alto. ¿No te da miedo?

Arco se irguió en la montura de su dragón y se quitó el casco. Se apartó el flequillo, que le cubría los ojos, y contestó intentando poner una voz más profunda de la que en realidad tenía.

—¿Miedo a mí? En absoluto —presumió—. ¡Mira esto!

Con un toque de talones, su dragón Flecha salió disparado hacia arriba, después bajó en picado a toda velocidad y, justo cuando estaba a punto de estre-

llarse contra el suelo, Arco tiró de las riendas para que el animal tomara tierra justo al lado de la chica. Arco se apeó y se acercó a ella.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó.

—Alucinante —contestó Migraña.

Mayo observaba la escena desde su dragona y puso los ojos en blanco. Lo que les faltaba, que Arco no solo se distrajera con las moscas, sino que ahora intentara impresionar a las chicas.

Mayo arreó las riendas de su dragona Bruma y llegó hasta donde estaban Cale y Pardiez.

—No os imagináis lo ocupado que está Arco... —les comentó mientras volaba a su lado—. ¿Qué tal vosotros? ¿Cómo vais?

Cale miró hacia atrás y sonrió al ver a su amigo, que andaba todo erguido al lado de la chica.

—Arco el Conquistador... —bro-

meó—. ¿Sabes qué? Pardiez me estaba contando que sabe adiestrar alacranes y otros animales.

—¿De verdad? —dijo Mayo sorprendida—. ¿Y nunca te han picado?

—Bueno, una vez me picó uno y estuve varias semanas enfermo, pero sobreviví. Eso sí, lo pasé fatal —contestó Pardiez. El muchacho tenía una sensibilidad especial con los animales. Los dragones de hielo eran animales que tardaban mucho tiempo en confiar en las personas, pero Pardiez se había ganado la confianza de la cría desde el principio.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —preguntó Cale.

—No tengo ni idea. Es como si me hubieran borrado la mente, no recuerdo nada de mi infancia —reconoció Pardiez—. Solo sé que acabé con esta banda y que Murda y Trabuco nos trataban a patadas.

Cale sintió lástima por el muchacho. No se podía ni imaginar lo difícil que debía de ser para alguien no saber quién era su familia ni de dónde venía. Le puso la mano en el hombro para animarlo.

—No vamos a permitir que vuelvan a acercarse a vosotros —prometió.

—¡Por supuesto que no! —añadió Mayo.

En ese momento, se oyó un grito del dragonero desde el cielo:

—¡Samaradó a la vista!

—¡Vamos, Mondragó! —dijo Cale tirando de las riendas de su dragón—. ¡Pronto tendrás una buena merienda y podrás descansar!

Como si lo hubiera entendido, su dragón empezó a trotar con el mondramóvil detrás. Con los baches del camino, la cría daba botes encima de las mantas.

—¡Con cuidado! —gritó Pardiez subiéndose al carromato y tomando al dragoncito en brazos para protegerlo.

La expedición aceleró el paso.

¡Todos estaban deseando llegar a su nuevo hogar!